EL EUROPEÍSMO DEL INDEPENDENTISMO CATALÁN DURANTE EL PROCÉS: UNA PARTICULARIDAD DE LA ESFERA PÚBLICA ESPAÑOLA

RESUMEN

El discurso de las élites independentistas en Cataluña durante el reciente conflicto político nos presenta una aparente paradoja: por un lado, el independentismo ha trazado las mismas líneas discursivas de otros movimientos populistas europeos, posicionándose como alternativa a un régimen liberal – democrático en crisis al que se le achacan determinadas fallas; pero, por otra parte, el independentismo ha compatibilizado esta condición con un inequívoco europeísmo, rompiendo así con la lógica imperante en otros países del viejo continente, donde la integración europea funciona como símbolo del *establishment* liberal que el populismo desea combatir. Es esta aparente paradoja el objeto de la presente disertación. En primer lugar, recogeré brevemente aquellos elementos discursivos del nacionalismo catalán actual que podrían identificarse con el populismo. Posteriormente indicaré por qué y de qué manera las élites independentistas han conseguido compaginar dichas sensibilidades populistas con el europeísmo. En esta explicación, tomarán especial relevancia determinadas particularidades de la esfera pública española y el rol que en ella ha venido jugando la Unión Europea en la historia reciente.

1. EL POPULISMO DEL INDEPENDENTISMO CATALÁN

“Populismo” es una categoría temida por los amantes del rigor conceptual. Entre sus defectos está su carga despectiva y el ser un concepto que peca de cierta heterogeneidad interna (movimientos muy dispares han sido catalogados de “populistas” sin que resulte claro cuál es el máximo común divisor que los vincula). Aquí identificaré tres dimensiones del concepto que podrían satisfacer al lector: el populismo como reivindicación de politización, el populismo como oda a la voluntad general, y el populismo como encastillamiento nacional. Dimensiones que tienen en común un talante democrático – iliberal y que, como intentaré mostrar, están presentes en el discurso de las élites catalanistas de la última década. Por otra parte, invitaré al lector a abstraerse de la carga negativa que se le suele atribuir a “populismo” en el lenguaje coloquial, pues no son pocos los populismos que han ayudado a identificar lagunas graves dentro de nuestras democracias.

1.1. REIVINDICACIÓN DE POLITIZACIÓN

Una de las fallas que los populismos han identificado en nuestras democracias representativas es que estos sistemas habrían dejado de respetar la esencia de lo político: la existencia de formas alternativas de comprender la sociedad y afrontar los problemas, con la consecuente lucha entre los distintos relatos por la hegemonía o, en términos más conciliadores, la consecuente puesta en común de posiciones con visos a alcanzar un acuerdo racional (Mouffe, 1999). Sea en su versión más cruda o en su tono más deliberativo, la política, para ser tal, exige que exista una elección contingente por parte del cuerpo soberano, dotado de potestad y capacidad para elegir entre diferentes formas de lidiar con la realidad. Siguiendo a P. Mair, los partidos tradicionales estarían incumpliendo este principio político. Convertidos en *cartel parties* ocupados en la mera gestión de las instituciones del Estado, los partidos “*mainstream*” no garantizarían unas dinámicas verdaderamente políticas al no presentar *alternativas*, alimento de la política en general y de la *accountability* democrática en particular (Mair, 2015).

En Europa, los populismos del siglo XXI han denunciado recurrentemente este déficit político en nuestras democracias. En concreto, se ha señalado lo que ya temía Habermas hace décadas: la conquista del sistema político por parte del sistema económico. Así, la política estaría sometida a una racionalidad económica dotada de valores presumiblemente neutrales y necesarios (eficiencia, beneficio, utilidad...) que habrían

llevado a los Estados a doblarse ante las lógicas del mercado sin que se presenten formas alternativas de ver y atajar los asuntos públicos (Brown, 2015). En este sentido, han sido muchos los populismos que han tachado de “neoliberal” a la UE, señalada como una de las principales responsables de esta deriva anti – política en el continente.

Este déficit político también ha sido denunciado por las élites independentistas en Cataluña, ahora con vistas a atacar la legitimidad del Estado español. En esta ocasión, se pone el acento en la invasión del sistema político, no por parte del sistema económico, sino por parte del sistema jurídico (el derecho). Estamos ante la recurrente idea de que los actores no – independentistas estarían *judicializado* el proceso. El Gobierno central y su entono se estarían limitando al positivismo legal, restringiendo sus acciones a hacer cumplir la ley imperante en ese momento. Los nacionalistas verían esta actitud como una despolitización, en la medida en que la acción política queda desvirtuada en el momento en que se rige por decisiones técnicas y necesarias (no contingentes o *alternativas*). Durante 2017, esta fue una de las obsesiones del President Puigdemont, quien señaló en varios discursos la reticencia de su adversario político a “dialogar”: “*los gobernantes tenemos la obligación de no mirar a otro lado cuando reconocemos un problema*” decía apelando a M. Rajoy (Puigdemont, 22 de mayo de 2017)

Para ser más exactos, cuando los populismos denuncian derivas despolitizadoras lo que realmente están señalando es una simulación de despolitización ejercida por las élites en pos de su propio beneficio. Es aquí donde el populismo recupera a C. Schmitt y su idea de que siempre existe un poder político subyacente bajo cualquier ordenamiento. En última instancia, siempre ha de haber un “momentos de poder” constituyente, y las pretensiones de cualquier técnica (económica o jurídica) por eliminar lo político siempre serán discursos ideológicos que jugarán a favor de unos grupos frente a otros (Abellán, 2012). Siguiendo esta lógica, de la misma manera que para los populismos euroescépticos las técnicas económicas promulgados por la UE serían dispositivos al servicio de las élites políticas de Bruselas, los procedimientos jurídicos habrían sido, según el independentismo catalán, un arma al servicio de su adversario.

En definitiva, el independentismo catalán sería una forma de canalizar un sentimiento generalizado en toda Europa durante la última década: la pulsión por retomar lo político; el hartazgo por la ausencia de alternativas a un sistema (supuestamente)

administrativo y dominado por poderosas élites. Esta pulsión lleva a la búsqueda de nuevos relatos que ofrezcan alternativas y que identifiquen nuevos clivajes, nuevos cismas que delimiten la frontera entre amigos y enemigos, aún con el riesgo de dividir la sociedad.

1.2. LA VOLUNTAD GENERAL COMO LEGITIMACIÓN DEL PODER

La siguiente dimensión del populismo se refiere a cómo se comprende ese sujeto soberano que, en un sistema verdaderamente *político*, debería ser capaz de *dirigir* su realidad. Aquí nos encontramos con que, mientras las democracias liberales vienen operando sobre una concepción heterogénea del sujeto político, los discursos populistas asumen la existencia de un pueblo cohesionado y dotado de una voluntad general. Para cada problema social, “el pueblo” estaría o debería estar dotado de una voz que vincule al conjunto de la ciudadanía (Mudde, 2004). Estas formas dispares de comprender el sujeto soberano derivan en paradigmas opuestos de legitimación del poder.

Por un lado, el modelo liberal tiene tendencia a dividir el poder en aras de asegurar que ningún abuso de las instituciones lleve a la violación de determinados derechos individuales (supuestamente) inalienables. Debido a que se entiende que la sociedad es plural por naturaleza, un uso indiscriminado del poder por parte de los mandatarios (también los electos democráticamente) acabarían pisoteando los intereses de parte de la población. Esto no quiere decir que el sistema deba fundamentarse en derechos y libertades meramente negativos, ya que se sigue deseando que exista un poder político capaz de dirigir la vida social de la forma que se considere más oportuna. Pero ese poder estará dividido y supeditado a un estado de derecho que, entre otras cosas, recoge los requisitos procedimentales que harían del poder un poder *legítimo*: delimitación de las competencias parlamentarias, constitucionalidad de las leyes, etc.

Los populismos consideran que esta sensibilidad liberal ha dominado demasiado nuestras democracias. Las “manías” liberales habrían acabado por disolver todo poder efectivo. Estamos ante una suerte de “fatiga liberal” por parte de la población, que tendría la sensación de que las instituciones políticas son ahora demasiado estériles, incapaces de emprender acciones contundentes que afecten significativamente a la vida de los ciudadanos (Martínez Bascañán y Vallespín, 2017). Recuerden: la pulsión por el retorno de lo político. Los populismos canalizan esta sensibilidad, y lo hacen

renunciando, en mayor o menor medida, al pluralismo social que hasta ahora justificaba los frenos al poder. Ahora la sociedad se presenta como dotada de una *volonté general* y la legitimación del poder ya no depende tanto de su control, lo que en ocasiones llevaría a cierta “relajación” con el estado de derecho. Así, se dibuja un modelo de democracia menos liberal en el que, por regla general, el poder estará legitimado mientras se identifique con esa supuesta voluntad del pueblo (Vallespín, 1998).

El lector coincidirá en que el discurso de las élites independentistas catalanas resuena con esta “fatiga liberal”, y lo propio ocurre con el resto de movimientos considerados populistas en Europa. Por ejemplo, han sido numerosas las veces en las que los políticos catalanes han otorgado una legitimidad especial a aquellas formas de participación en las que se entiende que el pueblo expresa su voz: referéndums, manifestaciones multitudinarias, liderazgos...(Barrio et al. 2018) (X. Casals, 2015). Las élites nacionalistas también se han preocupado por acentuar la condición *electa* de aquellos representantes que se han tenido que enfrentar a juicios, pues la identificación con la voluntad directa del pueblo les posicionaría en un rango de legitimidad superior a un poder no mayoritario como el judicial. Otro ejemplo lo encontramos en los sucesos del 6 y 7 de septiembre en el Parlament, donde se aprobaron las leyes de referéndum y ruptura mediante un *procedimiento* irregular: mientras que para los sectores más duros de la oposición esto supuso poco menos que un Golpe de Estado, para las élites nacionalistas fue un simple defecto de forma (Puente, 2018).

En conclusión, para el discurso procèsista, igual que para los movimientos populistas más célebres, “*se trata de que la voz del pueblo fluya sin mediaciones*”; una reacción lógica a la sensación de impotencia que venían transmitiendo nuestras democracias liberales (Martínez Bascañán y Vallespín, 2017, p. 263).

1.3. EL ENCASTILLAMIENTO NACIONAL

La tercera dimensión del populismo responde a su condición nacionalista. Es común utilizar la expresión “nacional – populismos” para referirse a aquellos discursos que, además de sensibilidades populistas como las arriba expuestas, recogen en su ideario elementos nacionalista. Véase, por ejemplo, el aislacionismo en materias de política exterior con la consigna de recuperar capacidad de “autodeterminación” nacional

(Trump), o la escisión de un territorio respecto a una *polity* de rango territorial superior (independentismo o euroescepticismo fuerte) (Eatwell y Goodwin, 2018). La clave radica en que el nacionalismo y el populismo no son ideologías paralelas que se hayan encontrado por contingencias de la historia. Al contrario, el nacionalismo es una dimensión más del populismo; una dimensión que rima a la perfección con el resto de elementos populistas que aquí veníamos enumerando: reivindicar la politización de la democracia, recoger la fatiga liberal y la sensación de impotencia de la ciudadanía, orientar esa pulsión política hacia una supuesta voluntad general, etc.

De la misma forma que se opone a esas tendencias “despolitizadoras” o “demasiado liberales” de nuestras democracias, el populismo también es un enemigo natural de la globalización y la desterritorialización del poder. Si, según los populistas, el sistema liberal – democrático *de por sí* ya coartaba a las instituciones políticas a la hora de ejercer un poder efectivo sobre sus gentes, ahora las interdependencias producto de la globalización no hacen más que aumentar este sentimiento de impotencia (Held, 1997). Además, la globalización ha producido una escisión entre identidad de grupo y poder efectivo. Mientras que la identidad de grupo sigue operando en clave nacional o regional (ya lo hacía antes de la ola populista), el poder se encuentra disperso en un mundo interconectado dominado por fuerzas transnacionales. Esto agudiza la sensación de déficit democrático: la gente no siente tener el *control* de sus vidas. Ante este panorama, las élites populistas venían la oportunidad de activar las identidades nacionales latentes en la ciudadanía para articular discursos nacionalistas que reivindiquen el encastillamiento nacional como vía para repolitizar la vida y concentrar más el poder. Se presenta así una solución atractiva a primera vista: levantar una frontera para, de una vez por todas, poder emprender un proyecto político dentro de ese idílico castillo patrio, libre de interferencias “ajenas” supranacionales (Kröger, 2016).

2. EL EUROPEÍSMO DEL INDEPENDENTISMO CATALÁN

Una vez visto que el discurso de las élites independentistas durante el *procés* ha respondido razonablemente a una sensibilidad populista que pone en tela de juicio determinados fallas de un sistema democrático – liberal, toca atender al segundo elemento de nuestra paradoja: ¿estamos ante un movimiento populista que además es europeísta? Si es así, ¿**Por qué** las élites independentistas han decidido apelar de forma

positiva al proyecto de integración europea? **¿Cómo** han conseguido articular un discurso convincente compaginando elementos aparentemente contradictorios?

2.1. ¿ES EUROPEÍSTA EL DISCURSO DE LAS ÉLITES INDEPENDENTISTAS?

Una primera aproximación a la evidencia empírica (tal como programas electorales o discursos institucionales) parece confirmar el europeísmo de los principales partidos independentistas durante el procés, especialmente de Convergència Democràtica de Catalunya y sus formaciones sucesoras: el Partit Demòcrata Europeu Català, la coalición Junts per Catalunya (2017 y 2018), la Crida Nacional per la República, el partido Junts...

La primera evidencia es la presencia de “Europa” en el nombre de la formación que aspiró a ocupar el nicho de Convergència: el Partit Demòcrata Europeu Català (PDeCAT). Un nombre acordado en 2016 en el último congreso de CDC, en una época de plena confrontación con el Estado y en la que las apelaciones a Europa cobraban un tinte especialmente estratégico y para nada baladí (PDeCAT, 2016). Durante los primeros meses de su historia, el europeísmo de esta organización se materializó también en su pertenencia a la Alianza de los Demócratas y Liberales por Europa (ALDE), organización de la que el PDeCAT sería expulsado contra su voluntad en 2018 por motivos ajenos a su discurso político – normativo (La Vanguardia, 27/10/2018).

Más allá de este detalle, Carles Puigdemont siempre ha mostrado una evidente preocupación por vincular sus causas al europeísmo. En una conferencia en la Universidad de Harvard, el President no pudo ser más claro: *“Cataluña está comprometida con una mayor integración europea que permita continuar con la trayectoria de 60 años de paz y estabilidad”* (Puigdemont, 27/03/2017, p. 3). Por su parte, los programas electorales de sus formaciones siempre han dedicado un espacio generoso a la relación entre Cataluña y la UE, que siempre es enmarcada en términos positivos. *“Cataluña está en Europa y es Europa”*, rezaba el programa electoral de Junts per Catalunya en 2017. Asimismo, la ruta hacia la independencia siempre pasaría por la permanencia en la UE, hasta el punto de que gran parte de la batalla dialéctica con sus contrapartes no – independentistas ha consistido en discutir la viabilidad de una Cataluña independiente dentro de Europa: *“reiterar la voluntad de permanencia en la*

UE y trabajar para que esta sea leal a sus principios y valores fundamentales” (Junts per Catalunya, 2017, p. 05).

Los líderes de Esquerra Republicana, aunque no tan obcecados por identificar su causa con la integración continental, también se han preocupado por minimizar las muestras de euroescepticismo en su discurso. Es cierto que, tras la detonación de la crisis política en otoño de 2017, la izquierda independentista mostró cierta decepción con la respuesta de la UE, pero estas críticas nunca supusieron la puesta en cuestión de del proyecto europeo en sí mismo. Por usar la terminología de P Mair (2007), el discurso de ERC quizás muestre cierto grado de *policy euroscepticism* respecto a determinadas acciones concretas de la UE, pero en ningún momento se filtra ninguna señal de *polity euroscepticism*; no se duda del *régimen* político *per se*. El siguiente pasaje muestra esta posición, crítica con el silencio de las instituciones europeas tras los episodios de octubre 2017, pero a la vez comprometida con un proyecto de integración continental basado en los principios democráticos y en los derechos humanos: “*Miles de personas ven perseguidos sus derechos humanos y buscan en Europa un espacio el espacio de democracia y refugio que debería ser. El Estado Español y la UE han evitado esta responsabilidad*” (Esquerra Republicana de Catalunya, 2017, p. 53). De hecho, el partido liderado por O. Junqueras defiende “*una República Catalana en una Europa federal*” (Esquerra Republicana de Catalunya, 2017, p. 99).

En definitiva, los discursos de las élites independentistas distan de ser euroescépticos, ni siquiera en el caso de ERC, una formación que en décadas pasadas no se había caracterizado por mostrar especial entusiasmo hacia la UE¹. Así las cosas, la CUP queda como la única fuerza independentista abiertamente euroescéptica y cuyo proyecto político consiste en una Cataluña fuera de la UE (La Vanguardia, 13/09/2015).

2.2. ¿POR QUÉ EL DISCURSO DE LAS ÉLITES INDEPENDENTISTAS ES EUROPEÍSTA?

Se plantea entonces la cuestión: ¿por qué las élites independentistas deciden mostrar una actitud positiva hacia la integración europea? Lo cierto es que tanto las formaciones

¹ ERC sería uno de los pocos partidos que mostraron reservas hacia la integración de España en la UE a finales de los ochenta, junto a Izquierda Unida y otras formaciones de izquierda. Estas “reservas” se tornaron en ligero euroescepticismo con la firma del tratado de Maastricht, criticado por su teórica condición neoliberal y por el vaciado de competencias que podrían sufrir las comunidades autónomas (Cavallaro, 2019)

post-Convergència como ERC han tenido sobrados motivos estratégicos por los que tomar esta posición.

Si tomamos en consideración la *audiencia* a la que se dirigen estas élites políticas, nos encontramos con dos dimensiones diferenciadas. Por un lado, la ciudadanía catalana, a la que hay que convencer, entre otras cosas, para mantener el control de la cámara y el gobierno autonómico. La otra dimensión la constituye la opinión pública europea y sus élites políticas, a los que habría que seducir si se desea aumentar el poder de negociación de cara a una confrontación con el Estado. Para dirigirse a ambas audiencias, parece que un discurso europeísta es la opción más sensata.

En lo tocante a la audiencia doméstica, el europeísmo que siempre ha impregnado la esfera pública española (y en esto Cataluña no es ninguna excepción), inhibe a las formaciones mayoritarias a mostrar cualquier signo de euroescepticismo. Y es que, aún asumiendo un *approach* constructivista en el que las élites juegan un rol activo a la hora de crear opinión, se asume que estas élites no operan sobre una *tabula rasa* (Risse, 2010); están supeditadas a que sus discursos resuenen en los marcos cognitivos de su público y a respetar los límites que este público les impone. En este sentido, en la política española “ser europeo” es un límite recurrente.

Antes de la crisis económica de 2008, la ciudadanía española siempre había estado entre los *demoi* más entusiastas con la UE. En 2006, el Eurobarómetro recogió que el 70% de los españoles tenía una actitud positiva hacia la UE, frente al 53% de la media europea. De hecho, el europeísmo en España estaba tan generalizado que ni las variables regionales ni el apoyo a los distintos partidos políticos (nacionalistas incluidos) eran significativos a la hora de predecir un euroescepticismo que, directamente, resultaba residual. Pero es que, tras la crisis de la zona euro y el consecuente ascenso de las actitudes euroescépticas en todo el continente (especialmente en el sur), la actitud de los españoles hacia la UE tampoco cambió en exceso. Lo dicen los datos: aunque el entusiasmo hacia la UE se redujo durante etapas muy breves (2011 – 2012), estas dudas respondieron a un ligero *policy euroscepticism* dado por situaciones concretas (rescate financiero, políticas de austeridad...) y que se acabó disipando al poco tiempo. En el Eurobarómetro de 2016 España fue el país del sur de Europa, exceptuando Malta, donde menos ciudadanos contestaron afirmativamente a la frase “*mi país puede afrontar el futuro mejor fuera de la UE*” (*polity euroscepticism*) (Verney, 2020).

Este particularismo español lo retrata con lucidez M. Cavallaro (2019). Según esta autora, el relato que acabó imperando en la esfera pública española condonó a la UE de cualquier tipo de responsabilidad durante la crisis económica, sobre todo en comparación con las narrativas dominantes en otros países del sur de Europa. De hecho, la *polity* que perdió legitimidad entre la población no fue la UE sino el propio Estado. En ese sentido, fue paradigmático el revisionismo histórico promulgado por partidos como Podemos y los propios nacionalistas, que introdujeron una visión crítica de la Transición Española, poniendo en cuestión la índole verdaderamente democrática del ahora llamado “Régimen del 78”, heredero de *praxis* pre – democráticas y azotado por viejos fantasmas de la historia de nuestro país: la represión, el capitalismo de amiguetes, la corrupción casposa, el caciquismo, etc... En ese aspecto, la crisis no se comprendió como el fracaso del proyecto moderno y liberal que venía simbolizando la UE. Al contrario, estaríamos ante el fracaso de un Estado enfermo que no habría conseguido ser lo suficientemente “europeo”. España sería una anomalía dentro de la UE y la Unión seguiría gozando de legitimidad. Prueba de ello es el limitado recorrido que tuvo el euroescepticismo del primer Podemos, un discurso populista de izquierdas “al uso”, que denunciaba la deriva neoliberal de la UE, pero que no alcanzó el *polity euroscepticism* de algunos análogos europeos y nunca tuvo demasiado calado entre la audiencia española².

En definitiva, en la década de los 2010s, cuando asciende al apoyo independentista y el procés comienza a ser una realidad, no existió ningún incentivo para que las élites nacionalistas catalanas trataran de seducir a su audiencia por la vía del euroescepticismo. Los ciudadanos catalanes, como el resto de ciudadanos españoles, mostraban hacia la UE un intacto *apoyo difuso*: aquel apoyo estable, basado en la lealtad y el afecto, que garantiza la legitimidad de un régimen político. No tenían visos de resonar en la audiencia doméstica los relatos que señalaran una crisis a nivel continental del modelo democrático - liberal o que denunciaran una supuesta deriva neoliberal de todo el orden político europeo. Ni siquiera ERC, que en los 1990s había señalado la deriva mercantilizadora y poco democrática del Tratado de Maastricht, quiso abrir el melón euroescéptico durante el procés (ahora que las vergüenzas de la UE estaban más expuestas que nunca en los países vecinos).

² En la línea de lo mencionado anteriormente, la CUP es el único partido que ha acabado abrazando este euroescepticismo de izquierdas y anti – neoliberal.

Si echamos la mirada a la otra dimensión de la audiencia, el público europeo, la opción independentista por abrazar el europeísmo también cobra sentido. Resulta más seguro buscar apoyo en el *establishment* pro - UE que en los movimientos *challengers* del continente, que a día de hoy siguen siendo minoritarios y ocupan una suerte de contra – poder. Es cierto que, *a priori*, dicho *establishment* podía ser el aliado “natural” del Gobierno español y de las fuerzas políticas no independentistas. Esto le complicaba la labor al independentismo pero, al tiempo, incentivaba aún más su ambiciosa estrategia: en caso de lograr seducir a las élites y opiniones públicas europeístas y anti - populistas, el nacionalismo catalán conseguiría aislar a sus rivales políticos.

2.3. ¿CÓMO SE HA ARTICULADO EL DISCURSO?

Para entender por qué las élites nacionalistas deciden tomar la vía pro – UE también se debe atender a **cómo** elaboran ese discurso. Esto es, de qué manera articulan la causa europea con su relato de independencia; cómo se las arreglan para compaginar elementos discursivos aparentemente contrarios. De nuevo, aquí se vuelven a preocupar por que sus narrativas resuenen en los marcos mentales de su audiencia, atendiendo y respetando el rol que la UE viene jugando en la esfera pública nacional.

En su obra “*A community of Europeans*” T. Rise se preocupa por recoger lo que él llama “*europización de identidades nacionales*” (Rise, 2010, p. 87). Con ello se refiere a de qué manera el proceso de integración europea encuentra cabida en los relatos nacionales de cada uno de los países de la Unión. Por decirlo de forma más republicana, se trata de analizar cuál es el consenso nacional acerca del rol que la pertenencia a la UE juega en el proyecto político compartido por los ciudadanos de un país. La clave aquí – y en esto Rise no hace suficiente incapié – es la particularidad de cada nación a este respecto. Es decir: la “UE” puede significar una cosa muy distinta para cada *demos* (Breakwell, 2004). Al analizar la europeización de la identidad española, creo que nos encontramos con una narrativa muy particular, aunque también clara y convincente. En el proyecto de la nueva democracia española, la UE simboliza la modernidad, el subirse al tren de una Europa plenamente democrática respecto a la cual España, atrasada económica y políticamente, había permanecido aislada durante demasiado tiempo. Así, la integración europea simbolizaría la consumación democrática y la suma de España al proyecto ilustrado occidental. Lo opuesto a la UE sería el propio pasado nacional, desde los complejos noventayochistas (Ortega ya hablaba de la necesidad de europeizar España)

hasta, sobre todo, la dictadura franquista. En parte, este marco explicaría el apoyo general a la UE dentro de España: pertenecer a la UE es deseable en tanto que España necesita europeizarse y, en cierto modo, “desespañolizarse”, dejar atrás su propio pasado.

Sobre este marco opera el independentismo catalán, sabiendo que resuena en las mentes de su audiencia. Además, recordemos que la crisis del 2008 derivó en una suerte de desengaño nacional para ciertos sectores de la ciudadanía. Según este desengaño, España no habría conseguido superarse a sí misma, no se habría democratizado y modernizado (europeizado) como hasta ese momento se había creído. Así las cosas, la audiencia catalana estaría especialmente receptiva para tomar una vía alternativa a la ansiada “europeización” (entendida en sentido amplio), renunciando al proyecto español y apostando por la independencia de Cataluña. Una Cataluña que, dicho sea de paso, el nacionalismo dibuja como ajena a esa oscura “españolidad” atrasada, corrupta y pre – democrática. Sirva como ejemplo paradigmático la siguiente cita, extraída del programa electoral de ERC para las catalanas de 2017 y donde se habla de una futura república catalana que goce de “*justicia y reparación*”: “*cabe exigir al Estado Español una actitud de disculpa, revisión y reparación por los crímenes cometidos por el franquismo*” (Esquerra Republicana de Catalunya, 2017, p. 96). En una sola frase, ERC enfatiza la no superación del franquismo, identifica al Estado central con la dictadura y, en consecuencia, desvincula a la futurible república catalana de ese oscuro pasado y la sitúa en un rol anti – franquista.

Las élites nacionalistas operan en este marco “España atrasada y pre - democrática vs Europea moderna y democrática” para acabar defendiendo un derecho de secesión por agravio (Buchanan, 2017). Es decir, los discursos procesistas no han enfatizado los rasgos étnico - culturales de una Cataluña que, según la doctrina nacionalista tradicional, podría tener derecho a formar un Estado en tanto que nación pre – política. Al contrario, se ha preferido articular un discurso *aparentemente* más liberal, según el cual los ciudadanos de un determinado territorio tendrían derecho a desvincularse de un régimen que no garantiza sus derechos (derecho por agravio). Y aquí no se ha hablado tanto de derechos culturales - que también -, como de derechos democráticos más fundamentales, relacionados con la libertad de expresión o la participación política. En definitiva, según el independentismo, Cataluña tendría derecho a escindirse de España, no por consideraciones étnicas que coquetean con el iliberalismo, sino por todo lo

contrario: porque España no cumpliría con las cualidades de una democracia liberal moderna “*á la europea*”.

En esta línea, resulta significativo que el independentismo haya proyectado un europeísmo *aparentemente* “al uso”, en tanto que ha predicado aquellos valores que los europeos suelen asociar con la UE (y aquí sí se suele coincidir): modernidad, ilustración, democracia, Derechos Humanos, paz.... Es decir, el independentismo catalán no es como esos movimientos *challenger* ultracríticos con la UE actual pero que dicen estar dispuestos a articular una integración europea alternativa. *Aparentemente*, sus discursos no han pretendido resignificar Europa, por ejemplo, en los términos de algunos populismos de ultraderecha: la Europa cristiana en oposición a la amenaza islámica, la Europa de las identidades nacionales pre - políticas, la Europa cerrada al mundo... Tampoco se ha alineado de forma clara con aquellos populismos de izquierda que aún confían en una Europa reformada económicamente y más orientada a los derechos sociales. No. La Europa con la que se ha querido identificar el soberanismo catalán es, *a vista de pájaro*, la Europa “de siempre”; la Europa *mainstream*, la que confía en la democracia liberal, la modernidad, la economía de mercado, etc.

Dicho esto, la paradoja que abría esta disertación parece menos resuelta que nunca: no sólo estamos ante un populismo europeísta, sino que este populismo ni siquiera formula una Europa “alternativa”. Nótese que en el párrafo anterior he enfatizado expresiones como “aparentemente” y “a vista de pájaro” al tratar esa supuesta identificación del nacionalismo catalán con el europeísmo liberal – democrático *mainstream*. He aquí el quid de la cuestión. Y es que se debe analizar el discurso procesista como cualquier otro discurso político: como un juego de máscaras, como una estrategia preocupada por tapar vergüenzas y resaltar virtudes. Ahora debemos preguntarnos: en su afán por seducir a las élites europeistas e identificarse con los valores tradicionalmente asociados a la UE, ¿hasta qué punto el independentismo está enmascarando sensibilidades populistas?

Esta nueva cuestión nos abre una puerta para resolver la paradoja, una puerta que nos llevaría a analizar con rigor el uso que las élites nacionalistas catalanas hacen de aquellos conceptos que constituirían lo que Puigdemont llama “valores europeos fundamentales”: la libertad, determinados derechos políticos, los Derechos Humanos etc... Unos conceptos esencialmente disputados (*essentially contested concepts*) que los políticos acostumbran a manipular y resignificar a su antojo durante sus batallas

dialécticas (Connolly, 1993). Unos conceptos sobre los que suele imperar una inexactitud y una confusión que, en este caso, ha facilitado que un movimiento populista consiga identificarse con un europeísmo ortodoxo.

3. CONCLUSIÓN

Este artículo ha intentado demostrar los dos componentes de una aparente paradoja: que el discurso de las élites independentistas catalanas es, al tiempo, populista y europeísta. Por un lado, se ha argumentado que el discurso del actual nacionalismo catalán cumple con las dimensiones básicas del “populismo”: la reivindicación de politización, la voluntad general como legitimación del poder y el encastillamiento nacional. Por otra parte, se ha expuesto que este mismo discurso independentista dice estar comprometido con una integración europea ortodoxa, basada en los valores que siempre se han identificado con la UE (democracia liberal, Derechos Humanos, modernidad, ilustración...). Al explicar por qué y cómo se ha dado esta particular situación discursiva, ha resultado clave remitirse a la esfera pública española que, a tenor de ciertas contingencias netamente históricas y particulares de este país, incentiva a las élites procesistas a decantarse por proyectar una Cataluña que deje atrás “una España atrasada y antidemocrática” y se integre en “la Europa moderna”.

BIBLIOGRAFÍA

Barrio, Astrid; Barberá, Oscar; Rodríguez, Juan. *The Spanish steal from us: the populist drift of catalan regionalism*. Comparative European Politics Journal, 2018.

Brown, Wendy. *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*, Londres, Zone Books, 2015.

Breakwell, Glynis. *Identity Change in the Context of Growing Influence of European Union Institutions*. En “*Transnational Identities: Becoming European in the European Union*”, Herman, Richard; Risse, Thomas y Brewer, Marilyn (eds.) Lanham, Littlefield, 2004, pp. 25 – 39.

Buchanan, Allen. *Secession*. The Stanford Encyclopedia of Philosophy, 2017. Disponible en: <https://plato.stanford.edu/entries/secession/>. Consultado el día 03 / 06 / 2021.

Cavallaro, María Elena. *The Persistence of the Myth: Europeanism in Spain from the Late Francoism to the Outbreak of the 2008 Economic Crisis*. En *Rethinking Democratisation in Spain, Greece and Portugal*, Cavallaro, María Elena y Kostis, Kornetis (eds.), Springer, 2019. Disponible en: <https://link.springer.com/book/10.1007/978-3-030-11108-3>.

Casals, Xavier. *La Cataluña emergente : secesionismo y dinámicas populistas europeas*. Revista de Historia Actual, vol.2, 2015.

Connolly, William. *The Terms of Political Discourse*. Blackwell: Blackwell, 1993.

Eatwell, Roger; Goodwin, Matthey. *National Populism: the revolt against liberal democracy*. Londres. Penguin, 2018.

Esquerra Republicana de Catalunya. *Programa electoral de Esquerra Republicana de Catalunya a las elecciones autonómicas de 2017*, Barcelona, 2017.

Held, David, *La Democracia y el Orden Global: del estado moderno al orden cosmopolita*, ed. Paidós Ibérica, Buenos Aires, 1997.

Junts per Catalunya. *Programa Electoral: eleccions al Parlament de Catalunya*. 2017 Disponible en: juntspercatalunya.cat. Consultado el día 01/04/2021.

Kröger, Sandra, *European or Europeanised? Representation by Civil Society Organizations in EU Policy Making*, Colchester, ECPR Press, 2016.

Mair, Peter. *Political Opposition and the European Union*. Government and Opposition, núm 42 (1), pp. 1 – 17, 2007.

- Mair, Peter. *Gobernando el vacío: la banalización de la democracia occidental*. Madrid, Alianza Editorial, 2015.
- Martinez-Bascuñán, Máriam; Vallespín, Fernando. *Populismos*. Madrid, Alianza Editorial, 2017.
- Mouffe, Chantal. *El Retorno de lo Político*. Barcelona, Paidós, 1999.
- Mudde, Cas. *The Populist Zeitgeist*. Government and Opposition, núm 39, 2004.
- Partit Demòcrata Europeu Catalá. *Congrés fundacional: proposta de bases fundacionals*, Barcelona, 2016.
- Puente, Arturo. *6 y 7 de Septiembre : los días que rompieron el Parlament*. Disponible en: eldiario.es. Con link: https://www.eldiario.es/catalunya/politica/septiembre-jornadas-rompieron-parlament_1_1963421.html, Consultado el día 02/06/2021.
- Puigdemont, Carles. *Conferencia del President Puigdemont al Center for European Studies de la Universitat de Harvard: Catalunya, avui y demá*. Barcelona, Departament de la Presidència (27, 03, 2017).
- Puigdemont, Carles. *Un Referéndum para Cataluña: invitación a un acuerdo democrático..* Barcelona, Departament de la Presidència (22, 05, 2017).
- Risse, Thomas. *A Community of Europeans? Transnational Identities and Public Spheres*. Cornell University Press, Londres, 2010.
- Vallespín, Fernando. *El discurso de la democracia radical*. En *La democracia en sus textos*, de Rafael del Águila et al. Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- Verney, Susannah. *Losing Loyalty: the rise of polity euroscepticism in Southern Europe*. En “*The Routledge Handbook of Euroscepticism*”, Leruth, Benjamin; Startin, Nicholas; Usherwood, Simon (eds.) Routledge, Londres y Nueva York, 2020.
- La Vanguardia. *El Partido Liberal Europeo Expulsa al PDeCAT de sus filas por corrupción*. Redacción (27/10/2018).